

Erika Katz

**LA LEY DEL MÁS HOMBRE**

Traducido del inglés por Julia Osuna Aguilar

Título original: *The Boys' Club*

Diseño de colección: Estudio de Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o ejecutada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2022 by Erica Anne Rabinowitz  
Todos los derechos reservados, incluidos los de  
reproducción, total o parcial en cualquier forma.  
© de la traducción: Julia Osuna Aguilar, 2020  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-640-6

Depósito legal: M. 27.774-2021

Printed in Spain

*A mis padres, por haberme dado una vida increíble y,  
cada día sin falta, todo vuestro apoyo incondicional.  
(Os lo suplico: saltaos las escenas de sexo cuando leáis el libro.)*



# Anatomía de una fusión fallida

---

1. LA LISTA DE OBJETIVOS. Lista de vendedores y compradores potenciales de empresas en el mercado de referencia.
2. EL CONTRATO DE CONFIDENCIALIDAD (NDA). Contrato por escrito entre dos o más partes firmantes con objeto de proteger la información delicada de la que ambas partes tendrán conocimiento en el momento de establecerse las negociaciones.
3. LA MANIFESTACIÓN DE INTERÉS. Expresión de interés, su-peditado a condiciones y no vinculante, en participar en la compra o la venta de una empresa.
4. EL INTENTO DE CIERRE. Intento de concluir el proceso de fusión y transferir legalmente la propiedad tras la firma y el registro de todos los documentos.
5. LA RUPTURA. Finalización de una operación antes de llegar a su cierre efectivo; por lo general, la parte que no se atiene a las condiciones de cierre acordadas ha de pagar una sanción.
6. CUESTIONES POSRUPTURA. El «saneamiento» y los ajustes que se hacen tras una operación o una ruptura para garantizar que todas las partes de la transacción puedan operar satisfactoriamente.



# Prólogo

---

TRIBUNAL SUPREMO DEL ESTADO DE NUEVA YORK,  
CONDADO DE NUEVA YORK, SISTEMA  
DE ASIGNACIÓN INDIVIDUAL, PARTE 29

SHEILA PLATT,  
n.º 1476/46  
demandante,  
contra  
GARY KAPLAN,  
demandado

PRESENTES:

ALEXANDRA VOGEL, testigo de la acusación  
MICHAEL ABRAMOWITZ, abogado de la srta. Vogel  
TESTIMONIO PRELIMINAR PARA LA VISTA DEL  
JUICIO CONTRA GARY KAPLAN, anotado por y en pre-  
sencia de MARA HARVEY, taquígrafa de actas y notaria  
pública del estado de Nueva York, celebrado en la sede del  
despacho de abogados Meyers & Cowler, Kenmare Street,  
41, Nueva York (Nueva York), el lunes 6 de junio de 2019,  
con hora de inicio a las 11:30 de la mañana.

PRIMER INTERROGATORIO, CONDUCTIDO  
POR EL SEÑOR ZEIGLER

P: Buenos días, señorita Vogel.

R: Buenos días.

P: Me llamo Avery Zeigler y trabajo en el bufete de Zeigler & Babchick. Represento a la parte demandada, el señor Kaplan, en la demanda interpuesta contra él por la señorita Sheila Platt.

Voy a plantearle preguntas sobre su carrera profesional y, en concreto, sobre su relación con el señor Kaplan. Si no entiende alguna de mis preguntas, por favor, no dude en hacerme saber y no tendré problema en reformularla.

Empecemos con las cuestiones personales. ¿Dónde estudió usted Derecho?

R: Fui a la Facultad de Derecho de Harvard.

P: ¿Y dónde trabajó después de licenciarse?

R: Mi primer trabajo al acabar la licenciatura fue como asociada en el bufete Klasko & Fitch.

P: ¿Y a qué departamento pertenecía cuando entró en las filas de Klasko & Fitch?

R: En Klasko nunca se asigna una especialidad a los asociados en el momento de su contratación. Tú manifiestas tu interés por una especialidad en concreto, y en abril se te asigna a un departamento u otro.

P: ¿Cómo se hacen esas asignaciones? ¿Cuál es el proceso?

R: Los asociados dan a conocer sus áreas de interés y trabajan en esos ámbitos. Y, en el caso de que el asociado se congracie con el departamento en cuestión, se le permite unirse a sus filas.

P: ¿Hay un número limitado de puestos por departamento?

R: Bueno, es necesario que haya trabajo suficiente para los asociados que se unen a esa área. Un departamento no puede asumir un número ilimitado de asociados.



P: ¿Es un proceso muy competitivo?

R: Yo diría que, entre los asociados, hay departamentos más codiciados que otros.

*(El abogado de la defensa parlamenta con su compañero.)*

P: ¿En alguna ocasión sintió la necesidad de ir más allá de su deber? ¿De involucrarse personalmente más allá de lo profesional con compañeros o clientes?

Sentí un ligero escalofrío cuando mi armadura de tacones altos y traje a medida de corte impecable empezó a resquebrajarse. Ya no estaba en la sala de juntas de mi elegante despacho de Manhattan con su aire acondicionado al máximo; allí no había rayos de sol colándose por la ventana en lazos dorados que se me acurrucaban en el regazo. La locura de los primeros meses en Klasko & Fitch me volvió entonces de golpe y me caló hasta el último poro con la competitividad, las sensaciones tonificantes de éxito, los nervios a flor de piel, el miedo y el asco y la intensidad devoradora de ser una asociada sin un puesto asignado que intenta desesperadamente asegurarse un hueco en un departamento prestigioso. Me enjuagué el sudor de la frente, cerré los ojos y tardé unos segundos de más en abrirlos.



# Primera parte

La lista de objetivos

Lista de vendedores y compradores potenciales de empresas  
en el mercado de referencia.



—¿Se me ve bien? ¿Sam? ¡Sam!

Mi novio estaba con la boca entreabierta y los ojos clavados en el televisor, donde atronaba a toda voz el matinal *Morning Joe*. Estampé un tacón de mis zapatos de salón nuevos, color *nude*, contra la tarima de madera maciza.

—¿Qué? —Sam se volvió para mirarme con los ojos morenos bien abiertos e inquisitivos por encima de los surcos que le había dejado un sueño apacible en la mejilla derecha.

—Que si se me ve bien. ¿Dice «soy abogada»? —Me remetí bien la blusa por la falda y cogí aire—. Madre mía, estoy de los nervios.

Sam fue bajando la barbilla sin afeitarse conforme me daba el repaso de pies a cabeza.

—Se te ve supersexy.

—¡Puf! —protesté antes de dar media vuelta y volver al cuarto.

Sam me siguió, todavía adormilado, rascándose la barriga bajo la camiseta interior blanca y por encima del pantalón de pijama de franela.

—¿Qué pasa? ¿Qué tiene eso de malo? ¿Cómo se supone que debes ir? Sea como sea, vas bien.

Me saque la blusa por la cabeza y corrí al vestidor.

—¡Profesional! En mi primer día de abogada se supone que tengo que ir profesional... ¿cómo voy a ir? —dije enfurruñada mientras buscaba otra parte de arriba que ponerme.

—¡Pero es que pareces profesional! Bueno, parecías...

Estaba plantada ante él con los tacones, la falda y el sujetador, y se me acercó entonces despacio y me rodeó la cintura con los brazos.

—¿De verdad?

Asintió, recogió la blusa de seda blanca del suelo y me la tendió justo cuando una vibración resonaba en la habitación, desde lo alto de la cómoda. Me zafé y fui a por el móvil.

Me quedé unos instantes mirando la palabra «Casa», con el índice sobrevolando indeciso el botón de rechazar, pero me lo pensé mejor y le di al verde mientras Sam aprovechaba para escapar de vuelta al sofá.

—¡Mamá, hola! ¡Estoy aquí arreglándome con las prisas! ¿Qué tal?

—¡Estamos aquí los dos! —chilló mi madre.

Puse el teléfono en altavoz mientras volvía a meterme la blusa por la cabeza.

—¡Te llamábamos solo para desearte suerte! —intervino mi padre.

Me los imaginé a los dos en la cocina, inclinados con la cabeza pegada sobre el teléfono fijo y chillándole al auricular, antaño blanco y ahora amarilleado, con aquel cable larguísimo y siempre sin falta enredado reptando por el suelo.

—Ay, muchas gracias, papis. Luego os llamo y os...

—¿Alex? —preguntó mi padre.

—¿Hola? ¿Me oís? —Miré la pantalla del móvil y vi que tenía cuatro rayas de cobertura.

—¡Ya le has colgado! —protestó mi madre.

—¡Me habéis puesto en silencio! —grité, y al instante maldije lo inútil de mi exclamación.

«Les doy cinco segundos y, como eso, cuelgo...»

—¿Bichito?

—¿Mamá?

—¡Hola! ¡Ya creíamos que te habíamos perdido! ¿Estás nerviosa?

—No mucho —mentí ladeando la cabeza para tener un mejor ángulo al mordirme la uña del pulgar—. Hoy es solo el cursillo de orientación.

—Qué orgullosos estamos de ti —exclamó emocionada.

Se me hizo un nudo en la barriga y miré de reojo el traje de Ann Taylor, todavía con la etiqueta puesta, que colgaba en una punta del vestidor. Ojalá hubiera hecho unas prácticas en Klasko en algún verano de la carrera o la especialidad. Habría sabido qué ponerme... y a qué atenerme.

—Me he puesto una falda y una blusa... No sé... ¿Me pongo mejor un traje? —Al otro lado de la línea se hizo el silencio.

«¿Cómo se me ocurre pedirle consejo sobre etiqueta laboral a un hombre que va todos los días a trabajar con la misma bata de hospital y a un ama de casa?»

—¡Seguro que estarás guapa con lo que decidas ponerte!  
—llegó por fin la voz de mi madre.

Puse cara de hastío. «Qué inutilidad.»

—Gracias, mamá, y gracias a los dos por llamar, pero tengo que ir saliendo.

—¡A por ellos! ¡Déjalos muertos! —gritó mi padre.

Sentí de pronto que no estaba para nada a la altura.

—Tranquilidad, papá, que no es que vaya a curar el cáncer ni nada de eso. —Sonreí.

—Por eso te he dicho que los dejes «muertos» —contestó mi padre en tono cantarín, muy orgulloso de su broma.

No pude evitar sonreírme ante aquel chiste malo de padre.

El mío era oncólogo, y aunque yo sabía que estaba orgulloso de mí, sospechaba para mis adentros que él habría prefe-

rido que me hubiera quedado en la ONG Sanctuary for Families, por mucho que no me lo hubiera dicho con esas palabras. De pequeña, mis padres siempre me decían: «De mayor puedes ser lo que quieras: médico, abogada...». Y ahí dejaban siempre la frase en suspenso. No recordaba cuándo había decidido yo aceptar que esas eran mis únicas dos opciones. Se me perló de sudor el labio superior. «Pero ¿cómo me he metido en este follón? Ni siquiera sé si quiero ser abogada. Quizá no debería haber aceptado un puesto en un bufete de Big Law, la élite de la abogacía. Podríamos haber sobrevivido con mi sueldo en Sanctuary for Families hasta que la empresa de Sam empezara a dar dinero..., en caso de que llegue a darlo algún día.» Miré la larga fila de blusas y faldas del vestidor, la mayoría con la etiqueta puesta, y supe que no era cierto. Yo quería esa vida, mi piso de calidades de lujo, un armario lleno de ropa nueva. La había elegido yo.

—Nosotros nos vamos al mercadillo ecológico. ¡Un besito! ¡Que vaya bien!

El teléfono me vibró entonces con una llamada entrante, y vi el nombre de Carmen Greyson en la pantalla.

—Gracias, papis, ¡tengo que salir pitando! ¡Un besito!

Acepté la llamada entrante sin esperar a que se despidieran.

—¡Ey! —Suspiré, aliviada por tener noticias de mi compañera de la carrera—. Cómo me alegro de...

—¿Qué te has puesto tú? —me preguntó Carmen a bocajarro.

—Hum... Tacones de salón *nude*, falda de tubo azul marino ¿y blusa de seda blanca?

—Sí. Perfecto, sí, lo has clavado. Sencilla y profesional —me tranquilizó Carmen, y sentí que al punto se me ralentizaba el pulso.



Aunque no habíamos llegado a intimar en la facultad, el que las dos fuéramos a trabajar en el mismo bufete nos unía como a camaradas de guerra. Además, ella había estado ese verano de becaria en el despacho de abogados, de modo que pensaba pegarme a ella como una lapa para que me presentara a gente y me aconsejara sobre cómo moverme por las entretelas políticas de la firma. Carmen era una chica lista y con chispa, y también rigurosa... Desprendía una energía a la que yo, que había vivido en mi burbuja de Connecticut, no estaba acostumbrada.

Exhalé despacio, dejando que se me desinflaran las mejillas, tal era mi alivio.

—Yo también voy con falda y blusa. Lo que no tengo tan claro es... —Carmen parloteó sobre las distintas opciones de conjuntos que tenía mientras yo asomaba la cabeza por el salón.

Sam seguía en el sofá modular de capitoné gris que me había comprado con lo que me quedaba de la asignación por mudanza del bufete. Todavía no me había ido y ya estaba echándolo de menos. Deseé que el verano hubiera durado un par de meses más. Después de pasar los exámenes del Colegio de Abogados de Nueva York, nos habíamos tirado tres semanas dando vueltas por el Sudeste Asiático con la tarjeta de crédito de mi padre —un regalo más que generoso por terminar la carrera—, con una sensación constante de embriaguez. Todavía no me sentía preparada para el mundo real.

—Vale, ¡ahora nos vemos! —se me coló de repente en la cabeza la voz de Carmen, y logré despedirme antes de que colgara.

Me acerqué entonces a Sam, que despegó la mirada del boletín matinal, me miró y me tiró ligeramente del cuello de la blusa para acercarme y pegar los labios a los míos.

—¿Qué? —me preguntó con la mirada entornada mientras estudiaba mi expresión.

Me dejé caer a su lado en el sofá.

—Que no sé por qué estoy tan nerviosa. Hoy es solo la orientación, tampoco es que vaya a trabajar de verdad ni nada.

—Bah, te va a ir genial. —Me pellizcó suavemente el muslo, como desdeñando mi preocupación, y volvió a la tele.

Me quedé mirándolo unos segundos, esperando que me diera algo más de ánimos, pero nada. Luego fui hasta el espejo de la entrada y me alisé la melena larga color caramelo mientras pensaba que se me veían cansados los ojos castaños, que les faltaba chispa. «Relájate —me dije—, todo va a salir bien.» Retrocedí un poco, me di un último repaso y arranqué la etiqueta del maxibolso de cuero marrón chocolate que me había comprado mi madre, un modelo de líneas sencillas y con espacio de sobra para el portátil. Lo que no tenía claro era cómo se las había arreglado para escoger un regalo tan perfecto: desde que yo tenía uso de razón, mi madre había ido siempre con pantalones de cuadros y zapatos planos y funcionales a su trabajo de voluntaria en la biblioteca. Me supuse que le habría pedido consejo a alguna dependienta del Bloomingdale's de la zona sobre qué solían llevar las mujeres «profesionales» para ir al trabajo. Respiré lentamente, dejando entrar el aire en los pulmones con cautela para luego soltarlo por entre los labios fruncidos. Acto seguido me volví hacia la puerta del piso.

—¡Me vooy! —anuncié.

Sam se despegó del sofá entre efectos sonoros de motor ahogado que creía, equivocadamente, que le ayudaban a combatir el entumecimiento matutino de los músculos mientras venía a la entrada como un zombi.

—Que vaya bien. —Me sonrió cuando se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le pregunté.

—Pues trabajar, como todos los días —respondió a la defensiva, volviéndose ya de lado hacia el televisor, y no pude ignorar el abatimiento en su voz—. Tengo un montón de cosas que hacer, Alex. Las reuniones con los inversores están yendo bien. Y todavía nos queda comprar las existencias en sí...

—No quería decir eso —lo corté mientras miraba de reojo la hora—. Yo ya sé que trabajas mucho. Es por los nervios, hablaba por hablar. Y me tengo que ir ya.

—¡Vete, vete! ¡Que vaya muy bien! —Sam esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Todo el mundo me dice que este trabajo me va a dejar sin vida. Nosotros lo llevaremos bien, ¿verdad?

Sam me cogió la cara entre las manos.

—Tú misma dijiste que es manejable siempre que no te metas en el Departamento de Fusiones y Adquisiciones, eso de F&A. Solo tienes que no pedir trabajar con ellos, que no te alisten y no te asignen a esa área. ¡Es pan comido! —me dijo guiñándome el ojo.

Le sonreí y le di un beso sentido antes de atravesar el pasillo, con los nervios de vuelta a la boca del estómago mientras pulsaba sin parar el botón de llamada del ascensor hasta que emitió un pitido y se abrió en mi planta.

Llegué veinte minutos antes de la cuenta a uno de los cientos de edificios de oficinas descomunales que flanqueaban la Quinta Avenida y que a mí, a ras de suelo, me parecían todos iguales. Me había dejado un margen de cuarenta y cinco minutos para llegar al trabajo, con un buen colchón de tiempo respecto a los veintitrés que había tardado en el metro de Chelsea al centro en los dos ensayos que había hecho la semana anterior. El edificio que tenía ante mí en aquellos mo-

mentos albergaba la sede en Estados Unidos de un banco japonés, dos consultorías y Klasko & Fitch, el bufete más grande del mundo y uno de los más prestigiosos. Empujé la puerta giratoria, con el repiqueteo de los tacones resonando dentro de la cuña de cristal, hasta que me catapultó a un vestíbulo de mármol infinito.

Aquel atrio aséptico era una cacofonía de conversaciones telefónicas unilaterales y saludos mecánicos. Todos los que me pasaban de largo parecían tener un objetivo en mente. Nadie se entretenía con nada, nadie charlaba por charlar. Aquellos hombres y mujeres que se abrían paso hasta sus respectivas filas de ascensores y pasaban sus tarjetas de acceso con un barrido rápido iban por la vida con aspecto depurado y derrochando confianza. En mi intento por emularlos, solo me permití mirar de reojo la relajante cortina de agua que caía en cascada por unas piedras blancas y el precinto de seguridad que rodeaba unas obras en una fila de ascensores de la otra punta, donde los de mantenimiento habían colgado un cartel que pedía amablemente: PERDONEN LAS MOLESTIAS. Así lo hice, cuidándome de seguir con el paso ligero cuando me dirigí hacia un gran cartel azul que anunciaba BIENVENIDOS, ASOCIADOS NUEVOS DE KLASKO & FITCH en el otro extremo del vestíbulo.

Tras el mostrador de seguridad, un hombre con su nombre en una chapita, Lincoln, me sonrió amablemente cuando pasé por delante. Lo supuse curtido en el arte de identificar asociados novatos con los nervios a flor de piel.

—¡Hola! ¡Bienvenida a Klasko & Fitch! Nos alegramos mucho de poder contar contigo. Alexandra Vogel, ¿verdad? Ay, perdona, es Alex. Prefieres que te llamemos Alex, ¿no es eso? —Una mujer morena con cara de querubín y cuarenta y pico años me sonreía con calidez desde la mesa de bienvenida—. Yo me llamo Maura, soy jefa de contratación. No sé si me recordarás de...

—¡Por supuesto! Nos conocimos en la entrevista en el campus. Y sí, Alex, gracias. —No me tembló la voz al hablar, nunca me pasaba, ni en los momentos más tensos: un vestigio de mi carrera adolescente como nadadora de grandes competiciones que me permitía disimular los nervios cuando llegaba la hora de la verdad.

Mientras la mujer rebuscaba entre una montaña de carpetas tras un pequeño letrero donde ponía «R-Z», miré la hora de reojo.

—Vas bien de tiempo, tranquila —me aseguró sin levantar la vista de las carpetas—. No has llegado ni la primera ni la última, justo en medio de la manada. No te preocupes por... ¡Ah! Aquí está. —Sacó de la montañita una carpeta roja con el logo de Klasko—. Aquí tienes tu pase con la foto y la tarjeta de acceso. No los guardes, que los vas a necesitar para el ascensor. Tienes que ir hasta allí y subir a la planta cuarenta y cinco. Si se te olvida, lo tienes escrito en la primera página de esa carpeta. Si necesitas cualquier...

—Hola, mi nombre es Nancy Duval.

Maura y yo nos volvimos a la vez para ver a una rubia de ojos saltones que estaba tirándose de un hilacho del dobladillo de la chaqueta del traje. Por un momento se me cayó el alma a los pies al ver que iba vestida más formal que yo, pero luego me tranquilicé diciéndome que mi falda y mi blusa de buena confección eran igual de apropiadas que su traje raído. Me pregunté si los modales con que nos había interrumpido eran producto de los nervios del primer día o indicio de una torpeza social más genérica y muy común en las facultades de Derecho.

—¡Buenas! —Una rubia alta y delgada apareció al lado de Maura—. Yo soy Robin, la otra encargada de personal. Puedo atenderte por aquí.

—Gracias —le dije a Maura mientras guardaba la carpeta en mi maxibolso.

—Me encanta tu bolso. —Maura me guiñó un ojo.

Le sonreí a mi vez y me dirigí hacia los ascensores que subían de la planta 35 a la 45, donde esperaban tres mujeres en traje. Recé para que no fueran a la misma que yo.

«Debería haberme puesto traje. Voy a ser la única sin traje. Todos los hombres llevarán traje. Y, por cierto, ¿dónde se habrá metido Carmen? Tengo que ponerme a su lado para no dar el cante.»

—¡Alex! —exclamó con voz cantarina la más alta de las tres.

Me quedé mirándola.

—¡Carmen! ¡Hola! —la saludé al reconocerla.

Sentí que se me subían los colores mientras contemplaba de hito en hito el traje Theory azul marino que le quedaba como un guante... y que yo me había probado, pero no me había comprado porque era muy caro. Tiró de mí para darme un abrazo mientras yo me quedaba con las manos pegadas a los costados, en un gesto torpe.

—Al final te has decidido por el traje —dije intentando insuflar calma en mi acusación.

—¡Te he escrito! ¡Pero estás guapísima! —dijo Carmen radiante mientras me daba un repaso con sus ojos azules muy claros, casi cristalinos.

Miré el móvil y vi su mensaje de hacía cuatro minutos. Supe que me lo había mandado estando yo en el metro, cuando ya era demasiado tarde. «No sé para qué le hago caso a mi madre —pensé—. No tiene ni idea...»

Antes de que pudiera contestar, Carmen me presentó a sus amigas:

—Estas son Jennifer y Roxanne. Estudiamos juntas.

—Hola —me saludó calurosamente la primera, que parecía traicionar cierta angustia en sus ojos grandes y castaños bajo un poblado flequillo rubio.

—Buenas. —Roxanne me saludó con la mano—. ¡Ay, qué nervios tengo, no sé por qué! —Rio y se apartó el pelo cobrizo de los ojos; era menuda y entrañable: como la repollo pelirroja de los Cabagge Patch Kids con la que dormía yo de pequeña.

—¡Igual que yo! —Se me destensaron los hombros, agradecida por que alguien hubiera reconocido los nervios en voz alta.

Dos hombres trajeados que lucían también los pases de Klasko llegaron a nuestra altura, riendo juntos, y acto seguido intercambiaron calurosos abrazos con las tres mientras yo me quedaba a un lado, observando a los compuestos jóvenes profesionales mientras se ponían al día.

—¡Buenas! Yo soy Kevin —me dijo uno volviéndose con la mano extendida.

Me obligué a no apartar la vista a pesar de su pelo de punta engominado. «¿Todavía quedan hombres que se ponen el pelo de punta?»

—Alex.

Sonreí, pero tuve celos del verano que habían pasado juntos conociéndose y conociendo cómo funcionaban las cosas en Klasko, ganando seis veces lo que yo en mis prácticas en la ONG.

A pesar de que habían pasado doce años desde séptimo curso y de que ahora tenía una vida social saludable, un título de Derecho y unos brazos pasablemente tonificados, me sentí igual que cuando me veía obligada a comerme a mediodía los bocadillos de pavo cocido sentada en un váter de los aseos del colegio porque la reina madre de séptimo, Sandy Cranswell, había decidido que me odiaba porque tenía «espaldas de hombre» de tanto nadar, así que nadie se sentaba conmigo en el comedor. Aquello no duró mucho porque me hice amiga de Zach Schaeffer en el autobús mixto que nos

llevaba a las finales estatales, y, de paso, de su pandilla de octavo, lo que me granjeó de nuevo el favor de Sandy, aunque la herida seguía escociéndome.

Subimos los seis en el ascensor apiñados con unos cuantos más, y, mientras los demás parloteaban emocionados, yo me quedé al fondo y me permití cerrar los ojos por un momento, rogándole desesperada al reguero de sudor que me corría columna abajo que se evaporara antes de que me calara la blusa.

En cuanto el ascensor se vació en la planta 45, vimos unos suelos de tablones anchos de roble bajo una recepción de mármol de estilo moderno que estaba rodeada de suntuosos sofás y sillones de cuero marrón. Recordaba muy vagamente el espacio de cuando había ido a hacer la segunda entrevista hacía ya casi un año, pero aquel día estaba demasiado nerviosa para fijarme en lo bonitas que eran las instalaciones. Atendían el mostrador dos mujeres y un hombre, los tres con pinta de tener veintitantos años y con auriculares de oficina puestos. Nos dedicaron una sonrisa al vernos sin detener sus coros de «¿Con quién desea que le pase?» y «Un momento, por favor». Un cartel donde ponía ORIENTACIÓN PARA ASOCIADOS DE PRIMER AÑO nos dirigió por un pasillo flanqueado de salas de reuniones con paredes de cristal.

Las puertas que daban al salón de actos estaban abiertas de par en par para recibirnos, y habían recorrido las cortinas para revelar las vistas al sur, que parecían abarcar toda Manhattan al sur de la calle Cincuenta y Cinco. El rascacielos de MetLife, delante en medio, concentraba todo el protagonismo; a lo lejos se elevaba, reflexiva y resuelta, la Torre de la Libertad; el edificio del Empire State parecía volar hacia los cielos con una confianza desmedida, como desafiando al Chrysler en un pulso de egos; al fondo y a la izquierda, el puente de Brooklyn, en cambio, bostezaba soñoliento sobre las aguas plateadas del río Este.